

por donde se ve que el malicioso cura tenía una vista más perspicaz acerca de los destinos del hombre que Carlos V, el gran político del siglo XVI. Sigamos por un momento la empresa aventurera que los oficiales de *Picrochola* proponen á su jefe:

“Señor, hoy mismo os vamos á hacer el más feliz, el más poderoso príncipe que jamás ha existido desde la muerte de Alejandro Magno. El medio es este: dejaréis aquí algún capitán de guarnición con una simple compañía para guardar la plaza. Despues dividiréis vuestro ejército en dos. Una parte se arrojará sobre ese *Grangousier* y sus gentes. Por esta parte se verá fácilmente derrotado al primer encuentro. Con ello tendréis dinero á montones, porque el tunante tiene mucha moneda; decimos tunante, porque un noble príncipe no debe tener nunca un céntimo: atesorar es cosa de villanos... La otra parte se dirigirá hácia Onys y Gasuña, y sin resistencia se posesionará de ciudades, castillos y fortalezas. En Bayona embargaréis todos los buques; y costeano hácia Galicia y Portugal, saquearéis todos los lugares marítimos hasta Lisboa, donde hallaréis acopio de todo el equipaje que requiere un conquistador. Por añadidura, la España se os entregará, porque los Españoles no son más que unos bergantes. Pasaréis por el Estrecho, y allí levantaréis dos columnas más altas que las de Hércules en perpetua memoria de vuestro nombre. Y en adelante será llamado ese estrecho el mar *Picrocholino*... Pasado el mar *Picrocholino*, hé aquí á Barbaroja que se constituye vuestro esclavo.—Y yo, dijo *Picrochola*, le perdonaré.—Bien, dijeron sus oficiales, con tal que se haga bautizar. Y acometeréis los reinos de Túnez y osadamente toda la Berbería; y costeano á la izquierda, someteréis la Galia Narbonense, y Génova, y Florencia, y Lucca, y... adios, Roma: el pobre señor papa se muere ya de miedo.—Á fe mia, dijo *Picrochola*, que yo no le besaré sus zapatillas.

„Conquistada Italia, hé aquí á Nápoles, Calabria y Sicilia, todas entrañas á saco, sin dejar á Malta. Yo bien quisiera que los galantes caballeros, en otro tiempo llamados Rodios, os resistiesen para ver cómo se meaban.—Yo iría, dijo *Picrochola*, de buena gana á Loreto.—Nada, nada, dijeron los oficiales, eso será á la vuelta. De allí nos dirigiremos á Candía y á las islas *Cicladás* y daremos tras la *Morea*. Pero ya estamos... ¡Guarde Dios á

Jerusalén! porque el sultan no es comparable á vuestro poder.—¿Tendré, dijo entonces, que levantar el templo de Salomón?—No, le contestaron, hay que esperar un poco; no seais nunca tan súbito en vuestras empresas. ¿Sabeis lo que decía Octaviano Augusto? Os conviene primero tener el Asia Menor hasta el Enfrátes.—¿Y veremos, dijo *Picrochola*, á Babilonia y al monte Sinaí?—No es de necesidad por el momento, le contestaron: ¿no estará uno harto mareado con surcar el mar de Hircania y haber trasmontado las dos Armenias y las tres Arabias?—Verdaderamente, dijo, estamos muertos; ¡oh, pobres gentes!—¿Cómo? dijeron ellos.—¿Qué beberemos en aquellos desiertos? Porque se dice que el emperador Juliano y todo su ejército se murieron allí de sed.—Ya hemos provisto á todo, dijeron ellos. Por la mar Siriaca tenéis ya nueve mil catorce buques cargados con los mejores vinos del mundo; ya llegan á Jafa. Allí se encuentran dos millones doscientos mil camellos y un millon seiscientos mil elefantes que habeis cogido en una cacería en la Libia, y á mayor abundamiento teneis toda la caravana de la Meca; ¿acaso no os suministrarán vino suficiente?—Es verdad, dijo él; pero no lo beberemos fresco.—Por efecto, dijeron ellos, de que un héroe, un conquistador, un pretendiente y un aspirante al imperio universal no siempre puede estar á sus anchas. Dad gracias á Dios que habeis llegado, lo mismo que vuestras gentes, sanos y salvos hasta el río Tigris.

„Pero ¿qué hace, dijo él, entre tanto la parte de nuestro ejército que derrotó á ese villano bebedor *Grangousier*?—No están demas, le contestaron: pronto les encontraremos. Han conquistado ya la Bretaña, la Normandía, la Flándes, el Hainaut, el Brabante, el Artois, la Holanda y la Zelanda; han pasado el Rhin, derrotando á los Suizos y á los *Lansquenets*, y una parte de ellos ha sometido el Luxemburgo, la Lorena, la Campaña y la Saboya, hasta Lyon, en cuyo punto han encontrado vuestras guarniciones que volvían de la conquista naval del Mediterráneo, y se han reunido en Bohemia despues de haber talado y saqueado la Suecia, Wirtemberg, Baviera, Austria, Moravia y Stiria. Despues han caido fieramente todos juntos sobre Noruega y Suecia hasta el mar Glacial. Hecho esto, conquistaron las islas Orcades y subyugaron la Escocia, la Inglaterra y la Irlanda.

De allí, navegando por el mar del Norte, han vencido y subyugado la Prusia, la Polonia, la Lithuania, la Rusia y la Turquía, y están ya en Constantinopla.—Entonces, dijo *Picrochola*, vamos á juntarnos á ellos lo más pronto posible, porque también quiero ser emperador de Trebisonda. Pero ¿no mataremos á todos esos perros turcos y mahometanos?—¿Qué diablo! dijeron ellos: hagámoslo. Y daréis sus bienes y tierras á los que os hayan servido honradamente.—La razon lo exige, dijo él, y es de equidad. Os doy la Syria y toda la Palestina.—¡Ah! dijeron ellos: señor, eso os pertenece, muchas gracias; Dios os haga siempre prosperar.—Se hallaba allí un viejo gentilhomme, experimentado en toda clase de azares y verdadero veterano, el cual, despues de oír aquella conversacion, dijo: ¿Qué pretendéis con esas bellas conquistas? ¿Cuál será el fin de tantos trabajos y de tantos azares?—Será, dijo *Picrochola*, que nos volveremos y descansaremos á nuestras anchas.—Eso será, dijo el capitán, si por fortuna lograis regresar, porque el viaje es largo y peligroso. Pero ¿no sería mejor que descansemos ahora sin exponernos á tantos azares? (1).

No se puede hacer una burla más sangrienta de la monarquía universal. *Rabelais* hace sucesor de Alejandro Magno á un señor de una aldea de la Galia, que necesita por de pronto adquirir los medios para ser conquistador. Esto se verifica por medio de la varita de un mágico. Y en verdad, que nada ménos se necesita que un encantamiento continuo para someter á un solo hombre el mundo entero. El orgullo ha embriagado siempre á los pretendidos señores del mundo, y ciega á aquellos mismos que sueñan con el imperio de la tierra; los castillos en el aire que levantan les parecen una realidad; creen estar ya tocando el término de sus atrevidas empresas, y hélos aquí que distribuyen territorios y reinos de su imaginario imperio. La ilusion de *Picrochola* es la ilusion de todos los que han ambicionado una dominación imposible. Y ¿cuál es el fin de esta utopia? Los teóricos de la monarquía universal se imaginaban que la paz y la armonía eran el ideal á que habían aspirado los grandes conquistadores; pero *Rabelais* está más en lo cierto reduciendo aquel sublime ideal á un estrecho egoísmo. Despues de haberse burlado de sus

(1) RABELAIS, lib. I, c. 33.

proyectos insensatos, para mostrar la injusticia de tales empresas termina su crítica con estas graves palabras: “Los tiempos no están ya para conquistar de esa manera reinos con perjuicio del prójimo cristiano; esa imitación de los antiguos Hércules, Alejandros, Anibales, Scipiones, Césares y otros tales, es contraria á la doctrina del Evangelio, la cual nos manda guardar, proteger, regir y administrar cada uno sus países y sus tierras, y no invadir hostilmente las de los demás. Y lo que los Sarracenos y los Bárbaros llamaban en otro tiempo proezas, nosotros lo llamamos hoy latrocinios y maldades.” (1).

En el siglo XVII ha tenido la Francia un cronista que se puede citar al lado de *Rabelais*: *Gaspard de Saulx*, señor de Tavannes, recuerda alguna vez los rasgos de *Tácito*. Hombre de guerra y testigo de los furiosos combates que se libraban alrededor de una sola fortaleza, en la ambición de la monarquía universal no vió más que un sueño quimérico: “La disposición, el estado y las plazas fuertes de la Europa son enteramente contrarias á la monarquía; tres años se han necesitado para tomar á Ostende; pues para tomar tres plazas semejantes hay que emplear la cuarta parte de la vida; ocho ó diez ciudades tomadas no hacen más pobre ni más rico al que las gana que al que las pierde; es un juego de azar frecuentemente repetido por los antepasados: lo que se conquistaba en un verano se perdía en otro; despues se hacía la paz entre los combatientes; y á saber si ella sería grata á Dios, despues de tantos homicidios, desórdenes, derramamiento de sangre y cuantiosos tributos tan mal empleados.” *Tavannes*, que tenía espíritu religioso, se pregunta si ha sido pura casualidad el constante fracaso de todas las tentativas de monarquía universal. El historiador cree en la Providencia y no en la ciega fortuna. “Viendo empresas tan bien proyectadas convertirse en humo, es forzoso creer en la intervencion de Dios, el cual ha puesto barreras que no quiere que sean fácilmente traspasadas: para la España, los montes Pirineos y la mar; para la Francia, el mar, los Pirineos, el Rhin, las montañas de la Suiza y el Piamonte; para la Italia, el mar y los Alpes.” Esa es la idea de las fronteras naturales que se confunde con la de nacionalidad. Si las naciones son de Dios, la monar-

(1) RABELAIS, lib. I, c. 46.

quía universal contraría sus designios; y hé aquí por qué la Providencia interviene para desbaratar los proyectos vanos de los hombres: "Dios hizo ver su voluntad, que era la de que esos límites no fueran traspasados; y para que no se abrogase el poder un solo monarca, hizo nacer al mismo tiempo á Francisco I, á Soliman y á Enrique VIII, á fin de oponerlos á Carlos V... Al presente parece que Dios continúa en su mismo propósito de que la Francia, la España y la Inglaterra sean tan por igual poderosas, que no pueda una acrecentarse con perjuicio de la otra, habiendo hecho el reino de Francia tan unido, poderoso y formidable por medio de la paz; y de otra parte, ha juntado el Portugal á la España, y la Escocia á la Inglaterra, á fin de que tengan fuerza y medios para precaverse igualmente los unos de los otros, y conserve cada cual su estado, haciendo así imposible la monarquía universal," (1).

Su partidario más decidido, *Campanella*, confiesa que los escritores políticos están casi unánimes en rechazarla como contraria á los designios de Dios, que ha dado á cada nacion límites naturales y lenguas diversas, expresion de un ingenio diferente; confiesa que las monarquías de que la historia hace mérito, todas fueron producto de la violencia, y que, bajo este punto de vista, están condenadas por el cristianismo (2). Añadamos á eso que la monarquía debe ser reprobada, no solamente por irrealizable y contraria al espíritu del Evangelio, sino porque, aun siendo posible, envuelve un falso ideal. Sus defensores la justifican diciendo que el fin de la humanidad es la paz, y que sólo puede asegurarla la monarquía. Ese es un error funesto: la paz no es el fin, es un medio; el fin ántes de todo es el respeto al derecho y al individuo; si el derecho no es respetado, si la individualidad es desconocida, se hace imposible al hombre cumplir su mision en la tierra, mision que no es otra que el desarrollo progresivo de sus facultades. Pues la monarquía universal, tal como los conquistadores la han ambicionado, destruye la idea misma de un derecho individual, y ciega, por consiguiente, las fuentes de la vida; ¡ay de los pueblos, si la paz llegase á ser su única preocupacion y se sacrifica-

(1) *Memorias de TAYANNES*, véase *PETITOT*, Coleccion, tomo XXIII, p. 226-280, 381.

(2) *CAMPANELLA*, de *Monarchia Hispanica*, p. 372-384 (edic. de Amsterdam, 1641).

se á ella el bien más precioso para el hombre, su libertad! Sería el reinado de una civilizacion puramente material, y, por consiguiente, la decadencia y la podredumbre. Si la monarquía universal fuera posible, se realizaría en una sociedad que no tuviese más que una sola preocupacion, la de aumentar sus riquezas para acrecentar sus goces materiales. Felizmente Dios ha querido que esa monarquía fuese eternamente una quimera, dotando á las naciones de una individualidad indestructible; ellas se alzarán siempre contra una dominacion que las aniquilaría, así como se alza el hombre, por instinto de conservacion, contra todo lo que amenaza su vida. Pero ¿es al ménos verdad que la monarquía universal sea una garantía de paz? Más bien sería un manantial de guerras permanentes. No hay verdadera paz sino cuando se da satisfacion á todas las necesidades legítimas de la naturaleza; y cuando se halla oprimido un elemento esencial de la humanidad, la lucha se hace necesaria y es providencial. Si esa lucha puede cesar alguna vez, es porque no habrá bastantes fuerzas para resistir en las naciones; la paz reinaría entónces, pero sería la paz de los sepulcros.

§ III — Las nacionalidades

I.

¿Son las nacionalidades el producto del acaso, de las invasiones, de las guerras, de la fortuita fusion de las razas, ó tienen una razon de ser, como los individuos? Si se las confunde con los Estados, hay que convenir en que no tienen vida propia y que se forman ó se deshacen con la conquista ó la herencia; de consiguiente, la monarquía universal ya no será más que una cuestion de fuerza y de fortuna. Si, por el contrario, tienen vida propia, como los individuos, tendrán tambien derecho á una existencia individual, y no podrán ser destruidas por un conquistador, como la individualidad humana no puede ser anonadada en beneficio de los príncipes. Si no hay nacionalidades, las sociedades políticas no se apoyan más que en la posesion; y la posesion, más ó ménos larga, podrá crear títulos, pero no estando fundada en la naturaleza, no tiene fuerza de derecho; es un hecho que otro contrario puede destruir. No sucede lo mismo si las nacionalidades tienen una existencia individual; no hay vio-

lencia que pueda quitársela, porque el hecho contrario al derecho, sea cualquiera su duracion, no crea derecho. Una vez que el principio de las nacionalidades haya entrado en la conciencia general y se haya realizado en la constitucion de los Estados, resultará de ello la más fuerte garantía en favor de la paz, porque ya no podrán ser cuestion de conquistas: las nacionalidades son, por consiguiente, un principio de paz. Si, por el contrario, no se toman en cuenta las naciones, si su existencia no es más que un simple hecho, las guerras de conquista serán eternas.

El principio de nacionalidad ha entrado en la conciencia humana: á realizarle en los hechos tienden ya los tiempos modernos. Y como la vida de la humanidad en su evolucion progresiva nos revela los designios de Dios, podemos afirmar que las naciones tienen su razon de ser en Dios mismo. Lo que confirma esta induccion histórica es que el elemento individualista está difundido en toda la creacion tanto y tambien como el elemento de unidad. Las condiciones físicas de la vida varían, no sólo de un continente á otro, sino que en el seno de un mismo continente ha creado Dios territorios donde la vida se desarrolla bajo condiciones diversas; y esas condiciones están apropiadas al carácter y á la mision del pueblo que está destinado á habitarle. Los territorios, con todos los elementos que los constituyen, son para las naciones lo que el cuerpo para los individuos, un instrumento, un órgano de la vida. Y así como en el hombre la constitucion física está en armonía con las facultades intelectuales y morales, asimismo el cuerpo de las naciones está en armonía con su genio y su destino. Á esto se reduce la cuestion tan frecuentemente agitada de la influencia de los climas. Háse dicho que el cuerpo hacía el alma: más cierto sería decir que el alma hace el cuerpo, porque es contradictorio que el órgano cree el principio, debiendo ser el principio quien cree el órgano. Por mejor decir, sólo Dios es creador, y él da al alma la envoltura que corresponde á sus facultades, él da á las naciones el territorio que corresponde á su mision. Esa correlacion entre las costumbres, los gustos, las actitudes de una nacion y la parte de la tierra que ocupá, es una prueba palpable de que las naciones son un hecho providencial y de que tienen su existencia en Dios, así como los individuos.

Uno de los más grandes poetas de la Francia decía en el siglo XVII:

«Du ciel la prudence infinie
Départ á chaque peuple un différent génie (1).»

Esos versos de *Cornelle* contienen en gérmen toda la teoria de las nacionalidades. ¿Qué es lo que constituye la esencia de un individuo? ¿Por qué decimos que tiene una existencia indestructible? Porque cada hombre tiene facultades diversas que está destinado á desenvolver y de cuyo uso es responsable; muere, pero es para renacer á nueva vida cuyas condiciones son una consecuencia rigurosa de su vida anterior. Entre las naciones encontramos igualmente facultades diversas que están llamadas á desarrollar y de cuyo empleo son responsables; tambien les llega la muerte como á todo lo que es creado, aunque más bien que una destruccion es una trasformacion de la vida. El genio diverso de cada hombre se manifiesta en sus obras: cada uno tiene su mision que llenar en el destino general de la humanidad. Y el genio de cada nacion nos revela igualmente su destino, que está en armonía con el de los individuos y con la mision del género humano. Precisamente es el genio particular de cada hombre y la tarea que tiene que desempeñar en la obra general de su nacion y de la humanidad lo que constituye la individualidad humana. Y tambien ese genio y esa mision son los que constituyen el carácter esencial de las nacionalidades. Cada pueblo representa en cierto modo una idea; y esa idea es el principio de su vida, de tal modo, que sin ella dejaría de existir (2); mientras que permanece fiel á esa idea, desempeña un papel glorioso en la historia; en el momento que la abandona, renuncia á su existencia, decae y muere para renacer en otras condiciones.

Toda la historia es un testimonio del destino individual que reconocemos en las naciones, y el genio y la mision de éstas se ostentan con evidencia igual en los hechos. ¿De qué manera se armoniza la existencia de las naciones con la de los individuos y con la de la humanidad? Ya hemos dicho que el individuo no debe ser absorbido por el Estado ni tampoco las naciones por la humanidad; lo cual quiere decir que, en definitiva, el

(1) *CORNELLE*, *Cinna*, II, 1.

(2) *COUSIN*, *Historia de la filosofia*, lec. X: «Un pueblo no es verdadero pueblo sino á condicion de expresar una idea que le dé un carácter comun, una fisonomía distinta en la historia.»